

de Federico Tarántola
HISTORIAS DE TAMMERLANE
PRESENTA

KING KASTLE hard zombies

BRUCE



El primer hombre que maté con mi arma y mi placa se llamaba Rocky Montaña. El muy hijo de puta se lo merecía.

Cuando entré de una patada a su departamento, me encontré con la imagen de la carnicería: cinco muchachas mutiladas y regadas por todo el lugar, mientras que Rocky, sentado en un antiguo sillón de pana, se masturbaba sobre una cabeza a medio pudrir.

El primer disparo fue en la garganta. El segundo en la mejilla y el tercero en el medio de la cara.

Años después, pozo depresivo y filosófico mediante, le borré la cara a otro maldito: Lucas Paruzzi, un mata polis. Fue en un tiroteo. Era él o yo.

Con el tiempo, maté algunos más. Hasta el día de Mikel Ambrosino y Señora, mejor conocidos como “Los Lobos”.

La historia de “Los Lobos” se remonta a la época en que los Ambrosino, decidieron obviar la pérdida del feto en el quinto mes de embarazo. Y más ansiosos por un hijo que por un cerebro nuevo, se mentalizaron la fantasía de que la gestación tuvo continuidad y una posterior parida. Incluso, Mikel y Sra. se animaron a sacar a pasear en cochecito al bebé invisible por las calles de Tammerlane.

Hasta que un día, mientras que el dúo no paraba de sacar boletos para su hijo, en la calesita de la estación Tamm Oeste, algunos padres presentes decidieron llamar a la policía.

Entre los tres polis que acudieron estaba yo, de guardia a una cuadra, como castigo por mi mano dura contra algún loco.

“Los Lobos” se mostraron muy amables, respondieron algunas preguntas reglamentarias, y con total soltura nos dijeron que estaban paseando a su hijo Tommy. Cuando les preguntamos por Tommy, aclararon que era dulce y callado.

Nos hicimos una seña entre polis, y terminamos todos arriba del patrullero, para acompañar a la misteriosa pareja hasta su casa.

Cuando arribamos, fui yo el que se dispuso a bajar hasta la entrada. Los ayudé con el bolso de las cosas del niño, mientras la mamá cargaba con “Tommy” y papá buscaba las llaves.

Y cuando creí que lo había visto todo, sucedió nuevamente. Entonces no tuve otra opción que cegarme y gatillar mi arma.

Al menos sobre Mikel. Y más allá que sobrevivió para pagar su condena en la cárcel, tuve que tolerar al Departamento de Policía de Tammerlane y a mi esposa Dito, por haber dejado al hijo de puta en silla de ruedas.

Es que, cuando Mikel giró la llave y la puerta cedió, apareció ante mis ojos un reguero de cuerpos, partes humanas y sangre.

Después de disparar, y mucho antes de las sanciones que tuve que masticarme, me enteré que los medios habían apodado a los Ambrosino como “Los Lobos”, una pareja que nunca pudo tener hijos, imaginaron tener uno, y de vez en cuando raptaban algún otro, generalmente varones morochos menores de 3, para cuidarlo, criarlo por unos días y descuartizarlo en la semana entrante.

Todo lo que cuento y la infinidad de cosas que vi me hicieron frío.

Creo que en mi interior hay un profundo amor a la vida, pero la detesto porque siempre cede el paso a la violencia.

Una vez, de niño, mi padre me había llevado a pasear por la plaza que quedaba en la otra cuadra de casa. Mi papá sólo fumaba después de cenar, y en la plaza. Esa noche se me ocurrió preguntar si todos moríamos.

- Todos. – me respondió, y se me hizo un nudo en el alma. – Todas las personas, en algún momento nacen y en algún momento mueren.

- ... Y nosotros también nos vamos a morir? – insistí, aunque sea con la esperanza de que sólo nosotros, la sagrada familia, pudiéramos ser eternos.

- Todas las personas, Bruce. De viejos, por una enfermedad o por un accidente. Yo tengo papás muertos y abuelos muertos, que en algún momento estuvieron vivos, y en algún momento fueron jóvenes, y en algún momento fueron niños. Todos, en algún momento de la vida, nos tenemos que despedir. – y cuando creí que estaba por desarmarme, mi padre hizo una pausa cautelosa para pitar su cigarrillo y saborear el tabaco – ... Por eso, lo importante de esta vida es poder hacer algo que valga la pena tanto para uno como para todo el resto de Tammerlane. Algo que nos enorgullezca y mantenga vivos más allá de la muerte. Eso es vencer la angustia y la soledad que provoca la muerte.

Cuando Dito murió, recordé la vez que creí haber visto todo.

Y me asusté. Porque nunca había estado solo. Cómo podía hacer un hombre que le temía a la muerte, sobrevivir a un Tammerlane violento, solo?

Dito fue la cuota de azúcar a mi vida. No soy un hombre amargo, pero repito, he visto todo y eso me hizo duro.

Hace un mes, los de Radio Control me pasaron un llamado. Era la voz de un débil anciano, soplón de barrio, que había advertido varias tragedias

familiares en el Este Chico de Tammerlane. La novedad era sobre los Lither, una pareja de su mismo edificio, a los cuales no se los había visto en meses, pero si escuchado gritos, gemidos y golpes extraños.

Cuando acudí al lugar y abrí la puerta de una patada, pensé justamente en eso: nunca iba a dejar de ver cosas. Soy un detective de la policía hecho a los tumbos, un poli. Y la depravación, la demencia, el odio a la vida, fueron hechos para mí, para que yo lo vea, lo enfrente y lo sufra.

Quizás, como aquella vez cuando era niño, jamás pueda llegar a comprender la muerte. Quizás por eso me hice policía: para comprender.

Esa tarde, en el departamento F 14 del barrio Este Chico de Tammerlane, nuevamente me enfrenté con el horror: fanatizados con el sexo, los Lither comenzaron a experimentar diferentes tipos de sexualidad, involucrando a otras personas y hasta llegando a mantener prácticas sodomitas. Casi habían logrado el clímax después de hacer participar a personas deficientes, con problemas motrices o niños de las calles, para asesinarlos luego.

Para cuando los encontré entre la masacre, ya estaban muertos, pero de pie. Ambos se habían cocido mutuamente con alambres e hilos gruesos, en la cintura e ingle, por lo que mantuvieron un coito plagado de orgasmos hasta desangrarse.

Había visto todo. Y veré todo. Estoy condenado.

Porque cuando creí que las pesadillas podrían convertirse en algo trillado, sucedió lo de hoy.

Como todos los días de mi vida en los que maté, en que vi, en que sobreviví y en que llevé adelante el peso de mi carrera, me levanté sin la menor idea de todo lo que iba a pasar ante mis córneas.

Tan sólo desayuné y conduje hasta el Departamento de Policía completamente confiado que sería una mañana de angustia, con Dito en el cementerio y conmigo dejando de fumar.

Entonces sucedió, como siempre. Bajé del coche confiado, y me acerqué a la puerta, en este caso la de mi trabajo, la 2º de Tammerlane. Por un instante tuve la extraña sensación, la de siempre, quizás por ciertos sonidos indescifrables del otro lado de mi realidad.

Cuando creí que había visto todo y que me estaba aburriendo de mirar, todavía no había visto la cara a un zombie.

Fue cuando abrí la puerta y el primer muerto vivo del edificio se lanzó a atacarme, que no apelé a la conciencia (como siempre en estos casos), y no tuve más remedio que hacer lo que hice toda mi vida: apretar el gatillo y que fuera lo que tenga que ser.

CONTINÚA EN LAS CRÓNICAS DE KING KASTLE ZOMBIES

HISTORIAS DE TAMMERLANE / KING KASTLE © 1998 – 2007 FEDERICO TARÁNTOLA

federicotarantola@yahoo.com.ar

www.tammerlane.com.ar

www.federicotarantola.com.ar